

APROXIMACIONES A LAS CRÓNICAS *DE PERLAS Y* CICATRICES DE PEDRO LEMEBEL.

Ferro, Roberto
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires-Argentina

Resumen

La especificación de crónicas ocupa un lugar relevante en la obra de Lemebel; a veces, aparece formando parte del título de sus libros como en *Loco afán -Crónicas del sidario* y *La esquina es mi corazón (crónica urbana)*; otras, la idea de crónica aparece desde el margen de la tapa para deslizar el anuncio del género o la genealogía de los textos: *crónicas radiales* y, también, se encuentra en el título de un proyecto de investigación sobre la homosexualidad en Chile: *Nefando – Crónicas de un pecado*. Desde esa perspectiva, es posible establecer dos vastas redes de relaciones a partir de la escritura de Pedro Lemebel; una es la que forma un tejido con los textos literarios de Perlongher, Hurtado, Sarduy, Arenas y Puig y otra, la que se trama con los ensayos y artículos periodísticos de Monsiváis, Rodríguez Juliá y Blanco; en ambos casos los autores enumerados son sólo índices significativos y no suponen un inventario cerrado. Mi trabajo apunta a exponer un conjunto de «aproximaciones» que deslinden y precisen estos dos aspectos en *De perlas y cicatrices*.

Palabras clave: Crónicas, Lemebel, ensayos, textos literarios.

Abstract

The specification of chronicles takes a meaningful place in Lemebel's œuvre; sometimes, it's part of the title of his books, like in *Loco afán-Crónicas del sidario* and *La esquina de mi corazón (crónica urbana)*; sometimes, the idea of chronicle appears from the margin of the cover, gliding the announcement about the genre or the genealogy of the texts: *radial chronicles*, and is also in the title of the research about homosexuality in Chile: *Nefando- Crónicas de un pecado*. From this perspective, it's possible to establish two vast networks of relations from Lemebel's writing; one that makes up a weave with Perlonger's, Hurtado's, Sarduy's, Arenas's and Puig's literary texts, and the other one that weaves with Monsiváis's, Rodríguez Juliá's and Blanco's essays and journalistic articles; in both cases the authors mentioned there are just significant index that do not suppose a closed list. My work points to show a number of «approaches» that untie and specify these two aspects in *De perlas y cicatrices*.

Key words: Chronicles, Lemebel, essays, literary texts.

He leído *De perlas y cicatrices* de Pedro Lemebel como una «Crónica de Indias»

La especificación de crónicas ocupa un lugar relevante en la obra de Lemebel; a veces, aparece formando parte del título de sus libros como en *Loco afán -Crónicas del sidario* y *La esquina es mi corazón (crónica urbana)*; otras, como en *De perlas y cicatrices* se asoma desde el margen de la tapa para deslizar el anuncio del género o la genealogía de los textos: *crónicas radiales* y, también, se encuentra en el título de un proyecto de investigación sobre la homosexualidad en Chile: *Nefando – Crónicas de un pecado*.

Es posible establecer al menos dos vastas redes de relaciones a partir de la escritura de Pedro Lemebel; una es la que forma un tejido con los textos literarios de Perlongher, Hurtado, Sarduy, Arenas y Puig y otra, la que se trama con los ensayos y artículos periodísticos de Monsiváis, Rodríguez Juliá y Blanco; en ambos casos los autores enumerados son sólo índices significativos y no suponen un inventario cerrado.

A pesar de ello, tras destacar esos pasajes de encuentros y cercanías que anuncian y provocan los textos de Lemebel, insisto en confesar que he leído *De perlas y cicatrices* como una «Crónica de Indias».

Creo necesario precisar de alguna manera esa aproximación.

En las palabras liminares a su libro, dice Lemebel que las crónicas reunidas en *De perlas y cicatrices* «se hicieron en el goteo oral de su musicalizado relato» durante las emisiones de *Cancionero*, un microprograma radial de diez minutos, que iba al aire dos veces al día, de lunes a viernes por Radio Terra de Santiago de Chile.

El rasgo de transitoriedad que marca las crónicas periodísticas que Lemebel publica en los diarios de Chile y que luego reúne en *Loco afán*, se agravan en estos

textos, unidos inicialmente por el lábil contacto con los oyentes que supone la oralidad, en un encuentro fugaz que podría haberse diluido en el curso incesante del flujo mediático.

Diseminadas por el éter, como diría algún speaker argentino de los años cincuenta, algo de esas crónicas quedó amarrado a la memoria de la audiencia para que haya pasado al circuito libresco, legitimado por la permanencia más tenaz de la letra escrita. Ese tránsito que se hace indeleble en estos textos, me llevó a pensar en otro vínculo, en otra genealogía posible, esta vez con dos célebres cronistas desterritorializados de la literatura latinoamericana.

En Nueva York, entre 1882 y 1891, José Martí escribe crónicas sobre temas tan variados como «Honores para Karl Marx, que ha muerto», «El puente de Brooklin», «Los Hermanos Frank y Jesé James», «Los pintores impresionistas franceses». Hoy se pueden rastrear en esos artículos algunas de las marcas que caracterizan lo mejor del modernismo hispanoamericano.

Años después en Buenos Aires, Roberto Arlt en el diario *El Mundo* publica sus *Aguafuertes porteñas* con títulos como «Filosofía del hombre que necesitaba ladrillos», «Conversaciones de Ladrones», «La inutilidad de los libros».

El vínculo de los textos de Lemebel con los de Martí desterrado y de Arlt, estigmatizado porque escribía mal, es un resto, un exceso que como un tumor se niega a ser controlado por las terapias normalizadoras.

En los artículos de Martí y Arlt ese resto no se deja disolver por los tenaces tratamientos de corrección -tanto corrección política como gramatical, que tantas veces van de la mano-, exhibiendo desafortadamente en su consistencia un modo de nombrar lo que los otros discursos ni siquiera aluden o directamente borran o eliden.

Esa genealogía no pretende canonizar a Lemebel, ese gesto sería un modo de atenuar su provocación, sino que pone en evidencia un modo constitutivo de su escritura que se despliega en el encuentro, el pasaje y la confrontación de dos formaciones discursivas diferentes: la literaria y la política, que se traman y confabulan desde su inscripción primera: la práctica periodística, que legitima y propaga el contacto.

Las crónicas de Lemebel mal-tratan la lengua, se niegan a aceptar los tratos, los pactos, los convenios de los supuestos subyacentes más reaccionarios de la sociedad chilena, entonces la someten a operaciones que revelan por el contrario la perversión, la impureza, la contaminación, la carcoma, de los usos comunes del buen decir aprobado por las buenas gentes de los lugares públicamente legitimados.

Decía al principio, y ahora reitero, que he leído *De perlas y cicatrices* como una compilación de «Crónicas de Indias», acaso se imponga una digresión; aludo a varios de los sentidos de crónica en Lemebel: ante todo, a los modos incisivos de nombrar lo que es durable en el pasaje de lo fugaz; luego, al género periodístico que se hace en la hibridez y la urgencia; y, asimismo, al registro minucioso de lo que desaparece.

En estos términos, entonces, sus textos no se emparentan con los informes detallados de los funcionarios delegados al soberano poseedor de las tierras recientemente descubiertas y rápidamente apropiadas, ni de nuevas conquistas, ni de los eternos reclamos de los cronistas por sus derechos; no, estas crónicas son de Indias no porque evoquen una referencia topográfica, un origen territorial, son de Indias porque están escritas desde el lugar más extremo de la exclusión, son de Indias porque ser India en América es la condensación, la cifra de todas las violencias opresoras ejercidas a lo largo de la historia sobre el cuerpo de los sometidos.

Estas crónicas se dicen desde ese lugar, desde el que todos los que han sido tratados

de ese modo ejercen su derecho a réplica. Por eso creo que Indias son tanto «la chica de la moda que pasa bamboleando su hermosura, y hoy que miro la leva de quiltros babeantes alejándose tras la perra», como la que «altera la hipocresía barrial con el perfume azuceno de su emancipado destape»..., y también «las nenas de pobla que ilusionaron ser modelos top, actrices de teleserie, misses de primavera para lucir la ropa de los maniqués que vieron tantas veces cuando acompañaban a su mamá al centro».

Y sin lugar a dudas, Claudia Victoria Poblete Hlaczik ha sido tratada como India, con apenas ocho meses fue secuestrada en Buenos Aires, por eso carga con el siniestro privilegio de haber sido la más joven de las mujeres chilenas detenidas desaparecidas durante la dictadura de Pinochet.

Así como Carmen Gloria Quintana, a la que la represión policial le roció de bencina y la convirtió en una hoguera, y sigue denunciando la atrocidad desde las marcas de su rostro.

De mismo modo, una voz propia de Indias enuncia el nosotros plural con que se baila reclamando:

Por nuestros muertos que están cada día más vivos, por eso aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos.

Y, por supuesto que es India «La loca del carrito» a quien:

Todos lo han visto, de alguna manera la ciudad se ha acostumbrado a ser testigo de su paso orillando el pleamar de su destino menguante. Acaso traficando autónomo su caricatura libertaria que amalgama oposiciones de género, lucha de clases, estéticas bastardas del filosofar vivencial que muda los harapos de un neo Edipo en el arrastre del duelo materno con su parturiento trapear.

Margarito fue tratado a imagen y semejanza de una India, vejado por la ferocidad sin límites de sus compañeros de

clase en la escuela primaria y ese mismo eco repercute en la voz de Rosita Shaw narrando la fiesta del traficante de armas; y en los murmullos insepultos de los doce jóvenes asesinados en el suceso de Corpus Christi. Seguramente si pudieran decir algo aquellos tres cadáveres en el rastrojo de los desperdicios, que vio Pedro cuando todavía era un niño, si pudieran hablar dirían cosas de Indias.

Esas voces vilipendiadas y sometidas se reúnen colectivamente en la crónica «La ciudad con terno nuevo» para decir:

Tal vez, este travestismo urbanero que desecha la ciudad ajada como desperdicio, pretende pavimentar la memoria con plástico y acrílico para sumirnos en una ciudad sin pasado, eternamente joven y siempre al instante.

Con ese tono y ese registro habla el niño que debe conformarse con mirar de lejos los helados de los otros cuando va de la mano de su madre por el paseo Ahumada. O los habitantes de los barrios pobres que ven anegarse el metro cuadrado de sus viviendas con los chorros hediondos de la inundación y los jóvenes condenados a contemplar la universidad desde el exterior de las rejas tan firmemente levantadas por la exclusión.

Cuál es la visibilidad que enmarcan esas miradas sojuzgadas y agraviadas, que reclama esa palabra dicha desde el lugar de las Indias en las crónicas reunidas en *De perlas y cicatrices*, pienso que invita y exige ponerse en ese lugar, travestirse, para producir la posibilidad de instalar una perspectiva simétrica a la suya, desde la que el territorio escrutado y los personajes cartografiados, revelen el falso paisaje de la igualdad:

En tanto hoy, la pantalla democrática pareciera evangelizar su negociada transición con estas negras máscaras que comulgaron con el horror. Pero la amnesia es otra mentira de este reconciliado carnaval (...)

Desde esa posición Lemebel instala un magnífico panóptico para divisar al progresismo impoluto, que declama una retórica y se sirve favorablemente de las desigualdades y las vejaciones sociales:

Actualmente la izquierda dorada forma un clan de ex alumnos del exilio, que se pavonean de sus logros sociales y económicos en los eventos de la cursilería democrática. Tal vez, siempre quisieron pertenecer a ese mundo del jet set que muestra sus dientes en las revistas de moda.

Las crónicas alcanzan una espléndida e impiadosa visibilidad para los colaboracionistas políticos como Mariana Calleja: «Una diva escritora con pasado antimarxista que hundía sus raíces en la ciénaga de Patria y Libertad»¹

Y de los bufones como Don Francisco:

(...) la boca chistosa del gordo que hace una propaganda optimista del país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile.

También en este álbum figura Cecilia Bolocco, cómo hablar de ella sin difamarla, la Ceci es una figura estelar que, como todos sabemos, entregó su corona de reina del mundo al dictador Pinochet, su talento de periodista a la cadena CNN, toda su capacidad de actriz al teleteatro caribeño, y especialmente, ha entregado los mejores años de su vida a una de las figuras excrementales (en verdad quisiera tener la capacidad de Pedro para nombrarlo pero me he quedado en la escueta denotación) más notorias del neoliberalismo conservador latinoamericano, sólo por un cuidado cabalístico no lo mencionaré ni siquiera por su nombre de pila, acaso por un oscuro deseo de remate artístico.

En ese paisaje aparece el cardenal Gracelli, el farsante monseñor alcahuete de las botas argentinas, que supo dar razón del secuestro de Claudia Victoria, la niña detenida desaparecida, y despidió a las

abuelas con una hipócrita bendición en su elegante despacho de la Nunciatura.

Y no podía faltar el periodismo colaboracionista de *El Mercurio* y *Canal Trece*, en el que se asomaba el reportero estrella junto a los cadáveres aún tibios, dando a entender que ese era el saldo de enfrentamientos entre la subversión armada y los aparatos de seguridad que protegían el país del extremismo.

El periodismo cómplice, el de la lengua lagarta de la derecha, que escupe la historia con su saliva venenosa; ese epíteto de Lemebel que hace de la lengua de la derecha una excrecencia largarta, ese epíteto se lo he envidiado finamente, porque acá, en Buenos Aires, desde los patriarcas Neustadt y Grondona hasta las nuevas promociones de Hadad y Laje, siguen cotidianamente haciendo brillar y restallar esa lengua lagarta.

Allí está también el papa Juan Pablo II, el más ilustre travesti frente a Carmen Gloria Quintana, que le mostraba su rostro en llamas diciéndole «esto me hicieron los militares, pero el pontífice se hizo el gringo y pasó de largo frente al sudario chileno, tirando puñados y bendiciones a diestra y siniestra».

Las crónicas de Lemebel registran cómo la escena trágica del crudo invierno chileno, sirve para que la televisión se atreva a mostrar la cara oculta de la orfandad periférica, tan diferente a la fruncida comuna de Las Condes que es como una reina rubia que mira por sobre encima del hombro a otras comunas piojosas de Santiago, y por supuesto al encanto de la comida chatarra y al metro de Santiago, tan pulcrito y ordenado.

Estas Crónicas de Indias, cuya primera edición es de 1998, son una meticulosa cartografía de la continuidad entre la dictadura y el neoliberalismo conservador, si como dijo alguna vez Uslar Pietri, los dictadores son un rasgo que comparten los latinoamericanos, ahora sabemos que ese

rasgo se ha perfeccionado, su nefasta tarea ha sido continuada por gobiernos endeblemente democráticos, dóciles y flexibles ante las presiones de los grupos dominantes.

En *De perlas y cicatrices* también hay lugar para la nostalgia, para hacer memoria de lo perdido tras la marea arrasadora de una modernización siempre atrasada y por lo tanto compulsiva y urgente, como un modo de rescatar del olvido, del derrumbe, a la raigambre de las tradiciones populares aplastada por tanta basura y baratija (otra vez nos deslumbran con espejitos, ahora perfeccionados con chips y lucecitas intermitentes) impuesta por la globalización.

Quisiera terminar señalando que la escritura de Lemebel se mueve entre los bordes inestables que tiende el referente y la representación, borda en los bordes, entra y sale, con la destreza de quien sabe que la realidad se construye en los decorados.

Notas:

¹ Miguel Paz en una entrevista realizada en diciembre de 2001, le pregunta a Lemebel acerca de un episodio ocurrido con posterioridad al lanzamiento de *La esquina es mi corazón* en la Feria del Libro, durante una cena en la que se encontró con el escritor Gonzalo Contreras, al que primero recriminó y luego escupió en público, por su cercanía a Mariana Callejas (esposa de Michael Townley y quien realizaba en los '80 talleres literarios a los cuales asistía Contreras en su casa de Lo Curro, mientras en el sótano la Dina torturaba prisioneros). Lemebel responde:

Yo soy un esclavo de la memoria, yo no me olvido de las cosas que han pasado en este país y de los cómplices que tuvo la dictadura, ya sea en la literatura, en la cultura, en el espectáculo o en esta farándula repugnante que puebla la televisión. Yo no me olvido de eso.

En la misma entrevista rechaza frontalmente los conceptos de tolerancia, la reconciliación pueden ser entendidos como un modo hipócrita de promover el olvido:

Aquí me gustaría citar a Jorge González: «no estoy ni ahí con la reconciliación ni la tolerancia», incluso yo inventaría otra palabra. La tolerancia me parece un poco cristiana, me

parece. Yo no tolero a los fascistas, por qué me van a tolerar a mí. Creo que hay otra palabra, creo que generosidad, me parece mucho más amplia. En ese sentido, todo este catecismo de palabras como: tolerancia, respeto, que palabra más asquerosa el respeto, asquerosa. Creo que todo ese catecismo de palabras democráticas de la cual la derecha hace su catecismo, te repito, tiene que ver con la hipocresía a la que tu te refieres, tiene que ver con una aparente aceptación a partir de que ocupas un lugar, un lugar en la cultura chilena, por ejemplo. Si yo siguiera siendo el escritor homosexual cronista igual me escupirían, ponte tú. Y lo del escupo a Gonzalo Contreras es un escupo devuelto, es un escupo con bumerán porque de alguna manera el también me escupió, en otro sentido, y el escupió también la memoria de Chile al defender a Mariana Callejas ¡Nada más! No quiero decir nada más.

Uno los múltiples rasgos que han compartido las dictaduras en América Latina es la complicidad de «figuras» del campo intelectual, así para exhibir algunas de las tantas réplicas del seísmo brutal de finales de los 70 y principios de los 80, en La Argentina: el pensador Abel Posse era el agregado cultural en la embajada en París, mientras los grupos de tareas iban a la caza de exiliados políticos en Francia; y el polígrafo Jorge Asís rechazaba las declaraciones de Julio Cortázar con la rotunda afirmación de que en La Argentina no estaba ocurriendo ningún genocidio. Esta addenda no pretende ser excluyente, sino todo lo contrario, la agrego a la referencia de Lemebel con el objetivo de promover en los lectores la insistencia para recordar los nombres de otros «ilustres ciudadanos» que seguramente merecen la misma distinción y que han proliferado en los países que hemos vivido el terrorismo de Estado.